

UNA SAGA FAMILIAR MARCADA POR LA POSGUERRA

PALOMA
SAN BASILIO

EL OCÉANO
DE LA
MEMORIA



SUMA

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A todas las mujeres y hombres que no pudieron
elegir sus vidas y a los que hoy día sueñan y luchan por
hacerlo a pesar de la cobardía, la intolerancia y el ego-
ísmo de muchos.*

Índice de personajes

CÁDIZ:

SANTIAGO BELACUA

SAGRARIO

/padres de

La Inglesa, 1897

CUSTO MONASTERIO

ROCÍO MEDINA

/padres de

Custo Monasterio Medina, 1910

Paula Monasterio Medina

Marina Monasterio Medina

MARIO LIVINGSTON, 1890

LA INGLESA

/padres de

Alba Livingston Belacua, 1915

CUSTO MONASTERIO

ALBA LIVINGSTON

/padres de

Alba Monasterio Livingston, 1936

Custo Monasterio Livingston, 1938

Rocío Monasterio Livingston, 1940

Lluvia y Mario Monasterio Livingston, 1943

Santiago Monasterio Livingston, 1946

Luna Monasterio Livingston, 1949

Carlos Monasterio Livingston, 1951

VIRTUDES Y NEMESIO
/padres de
Esteban, 1933

PERSONAJES SECUNDARIOS EN CÁDIZ:

JUANA: cocinera
GREGORIO: padre de Juana
AMADOR: hermano de Juana
ENEDINA: niñera
VIRTUDES: lavandera, madre de Esteban
PATRO: costurera
PACA: empleada de las tías Paula y Marina
RAMIRO: encargado de la tienda de Santiago Belacua
CARMEN: ama de cría
ROSA: ayuda en la casa
MARÍA: enfermera de la tía Paula
JULIÁN: capataz de las bodegas
ALFONSO: novio de Enedina
ÁLVARO IBARRA: pretendiente y amigo de Alba
ELENA: amiga de Rocío y mujer de Custo, su hermano
ELENA LUNA: hija de Custo y Elena, 1964
MARIO: hijo de Custo y Elena, 1968
DOÑA EMILIA: maestra de costura de Gloria en Cádiz

COLOMBIA:

MIGUEL ARANGO: amigo de Mario
DOÑA AMARANTA: madre de Miguel
DON DIOMEDES: padre de Miguel
AMARA: hermana de Miguel
DIO: hermano mayor de Miguel

JAVIER: hombre de confianza de los Arango

ZORRO: guerrillero

PITÓN: guerrillero

MANUELA: guerrillera, novia de Pitón

LOLA: guerrillera

CABALLO (FABIO): comandante de la guerrilla

JAIRO: capataz de la finca de Miguel

INGLATERRA:

GEORGE: primo lejano de Alba

TÍA MARGARET: tía lejana de Alba

ELSA: hermana de George

MÉXICO:

GLORIA: madre de Gabriel y abuela de Gabo

ALEJANDRO LAGUNA: padre adoptivo de Gabriel

AMALIA: esposa de Gabriel

GABO: hijo de Gabriel y Amalia Laguna

ALEJANDRO: hijo de Gabo y Rocío, 1966

GLORIA MARÍA: hija de Gabo y Rocío, 1972

DOLORES: cocinera

LUCHA: hija de Dolores

PASCUAL: capataz

LUPITA: mujer de Pascual

ROSALÍA: hermana de Lupita

MANUEL: encargado de los caballos

PEDRITO: hijo de Pascual y Lupita

VICENTA: maestra

Prólogo

Me llamo Alba Monasterio Livingston y nací en 1936, en plena guerra. Mi madre me amamantó hasta los tres años y a mi padre le hicieron prisionero por el simple motivo de bautizarme. Lo liberó un anarquista que pensó que tenía derecho a actuar bajo su conciencia. Si el tribunal hubiese estado presidido por otra persona, ninguno de mis hermanos habría nacido y, por lo tanto, esta historia no existiría. Cuando volvió a casa, la barba roja que lucía mi padre dejó claro por qué mi melena era del color del fuego en invierno, pero yo no soy el centro de este relato. Solo quiero contar la verdad de lo que aconteció desde entonces hasta nuestros días. Por qué se callaron tantas cosas y se disfrazaron otras. Quiero dejar limpia la memoria de una familia que con sus luces y sus sombras fue simplemente el reflejo de una época y una sociedad hipócritas, donde nada podía ser como era y había que aparentar lo que dicha sociedad consideraba correcto aunque muchos sentimientos y muchas vidas se perdiesen por el camino.

Tengo esa edad en la que lo cotidiano se olvida y lo lejano emerge como esculpido en la piedra de la memoria. Mi vida ha sido como un río remansado, pero con remolinos inapreciables en la superficie capaces de arrastrarte hasta el fondo si no tenías un asidero al que agarrarte. Tampoco ha importado mucho, el foco de la casa siempre estaba en otra parte. Éramos muchos y los demás hablaban más alto y más rápido que yo, que me veía obligada a dejar mis frases a medias, suspendidas en el aire sin interlocutor alguno.

De aquellos días solo quedamos en el mismo sitio la casa de Cádiz, que ya ni siquiera nos pertenece, las bodegas, Juana y yo, testigos eternos y mudos de las vidas de otros. Nadie permanece junto a nosotras; la mayoría ya no están. Las habitaciones se fueron quedando sordas poco a poco. Algunas antes de tiempo. Otros se fueron lejos, huyendo del pasado y la falta de oxígeno para respirar. Es una casa preciosa pero tiene algo de cárcel. Algo que desde el amor y la seguridad te oprime los pulmones y te adocena las ideas. Espero que sus futuros habitantes consigan liberarla.

En otro tiempo la casa estaba llena de vida, de ruido, de gritos y de música. Mi padre amaba a los clásicos y tenía pasión por la zarzuela que sonaba obscenamente por todas partes para arremolinarse en el patio, el auténtico corazón de nuestras vidas y nuestros sueños. En ese patio celebrábamos los bautizos y las comuniones, rodeados de pilistras, las macetas típicas de los patios del sur, con el sonido del agua como fondo de las conversaciones al caer la tarde. En ese patio recibía mi madre a sus amigas en verano para tomar el té con pastas, reminiscencias inglesas, y examinaba de pies a cabeza a los posibles pretendientes que tenían que pasar el test de aprobación, sin el cual, implacable, se encargaba de alejarlos de sus hijas. Éramos guapas, educadas y sabíamos todo lo que una buena esposa necesita saber. Lo malo es que no todas estábamos dispuestas a serlo.

Hoy aún se conservan las verdes pilistras, con sus hojas largas y brillantes como cuchillos. La fuente sigue sonriendo agua; a veces tengo la sensación de que se burla de todos y que sabía de antemano lo que pasaría, como una Casandra líquida y constante.

Solo he querido explicar a grandes rasgos el porqué de estas páginas y el hecho insólito de que me haya tocado a mí, en calidad de único testigo vital y contra todo pronóstico, dibujar de la manera más veraz y con la mayor riqueza de matices la historia de la familia Monasterio Livingston,

mi familia, una familia más de la España atribulada, asustada y herida de la posguerra.

PRIMERA PARTE

Capítulo I

Alba, esta niña tiene fuego en el pelo y en el corazón, y por los ojos le sale la llama verde de las hechiceras.

—Ya estás con tus tonterías, Juana, si solo tiene días.

Alba se reía con los comentarios de Juana. La niña era preciosa a pesar de los tiempos difíciles en los que había nacido. España estaba en medio de una guerra fratricida, y la escasez y el miedo campaban a sus anchas.

Juana tenía la misma edad que su señora, veintiún años. Había entrado en la casa a servir con catorce, de ahí la confianza y el cariño que las dos se tenían. Gregorio, su padre, labrador y con más hijos de los necesarios, apenas podía alimentar a su prole a base del consabido pan duro a remojo, pimiento, tomate y ajo, todo de la huerta, enriquecido con una pizca de aceite. Lo que una familia podía permitirse en el campo andaluz dominado por latifundios y grandes fincas en donde los aparceros disponían de una humilde casa con una sola estancia, la huerta y alguna cabra a la que exprimir las ubres buscando la leche que les servía para hacer quesos y algún que otro dulce. Las gallinas les permitían comer de vez en cuando los huevos que no vendían en el mercado, y a menudo el matrimonio y los cinco rapaces se afanaban en mojar pan y compartir la clara, que suponía un manjar exquisito reservado solo para los domingos.

Juana era la mayor y por tanto tenía que trabajar el doble para ayudar en la casa, recoger espárragos verdes hasta deslomarse o echar unas horas en las casas principales. Desde los ocho años, Juanita corría de un lado para otro

procurando alguna ganancia que llevar a su maltrecho hogar. Juana era pequeña y vivaracha, la naturaleza le había regalado una ligera joroba que en nada mermaba su carácter alegre y dispuesto. A los catorce años, la madre de Alba, la Inglesa, como la llamaban en los barrios humildes, se apiadó de la criatura y la metió fija en la casa de la plaza Mina. Juana trabajaba duro pero al menos tenía un buen sitio en el que vivir, comida y veinticinco pesetas que generosamente la Inglesa le pagaba al mes y que volaban para alivio de la casa paterna.

La muchacha era feliz, y además Albita, la niña de la casa, tenía su misma edad y se convirtió en una compañera de juegos, confidencias y risas, cuando sus quehaceres diarios se lo permitían. Juana tenía adoración por esa niña rubia de ojos azules, esbelta y voluntariosa a la que su madre, con exigente educación anglosajona, sometía a clases de mil cosas: inglés, bordado, repostería, piano y equitación. Alba se quejaba pero sabía que era inútil resistirse. Se convertiría en la joven más deseada de la ciudad y eso era garantía de futuro, seguridad económica y reconocimiento social. En un mundo de hombres, las mujeres se medían en función de una buena boda y no de otros méritos ajenos a la vida de matrimonio. Los sentimientos eran algo secundario; en definitiva, eran cosas de pobres. Cuando Alba lloraba en público por algo o suspiraba, la Inglesa le recordaba su condición social y el hecho de que llorar, reír a carcajadas o suspirar eran cosas de pobres y estaban desterradas de la casa de la plaza Mina.

Realmente la Inglesa no era tal, la abuela era hija de un comerciante de extracción humilde, Santiago Belacua, que gracias a sus habilidades en el comercio de ultramar había amasado una considerable fortuna, lo que le permitió entrar a formar parte de la burguesía gaditana. Su espectacular y pelirroja hija pudo así conquistar a uno de los solteros de oro, de ascendencia inglesa y perteneciente a la escasa aristocracia de la Tacita de Plata, Mario Livingston.

Como consecuencia, mi abuela decidió ser más inglesa que nadie y soltaba con alegría frases en el idioma de Shakespeare en versión gaditana que entusiasmaban a mi abuelo Mario. Implantó el té por las tardes y una férrea educación inglesa en todo su dominio, de ahí el apodo, no carente de la consabida guasa del pueblo llano, de «la Inglesa».

El abuelo Mario era una bellísima persona, paciente y cariñoso. Había heredado la bodega familiar, un precioso edificio con estructura de hierro, diseñado por Eiffel. La bodega era el orgullo de la familia y de sus botas salían los mejores caldos para España, el resto de Europa y América. El fino, el oloroso, el *cream* dulce y meloso, el Pedro Ximénez o el *brandy* eran algunas de sus joyas, criadas y mimadas al amor de los vientos, la humedad del mar y las temperaturas únicas de la zona.

De niños gritábamos de alegría cuando alguien proponía una excursión a las bodegas del abuelo. Era maravilloso poder pisar patios de albero, oír el relinchar de los caballos en las cuadras, subirnos a los carros antiguos en los que se transportaba el vino, jugar con los perros bodegueros de una mestiza raza importada de Inglaterra y creada para perseguir los ratones que abundaban entre las botas y, sobre todo, andar por los viñedos, oliendo a miel en septiembre, con la uva rubia guiñándonos un ojo y diciendo con su brillo «cómeme».

La bodega era un mundo apasionante por el que corríamos en libertad y jugábamos al escondite. Hoy no vive sus mejores momentos, pero es algo que permanece en nuestra sangre como el viento de levante o las murallas de Puerta Tierra, principio y fin de una ciudad inexpugnable, indómita, que nunca se ha doblegado, rodeada de agua y luz, brillando como la plata por las mañanas y teñida de rojo por las tardes.

Alba solo tenía un resquicio por el que dejar escapar su niñez, sus ansias de juegos y sus sueños, y ese resquicio se

llamaba Juana; y Juana nos contaría una y mil veces las travesuras que mi madre y ella inventaban a escondidas del riguroso control materno.

Digo mi madre porque yo soy esa niña de fuegos diversos que Juana anunció el día 18 de septiembre de 1936, en plena Guerra Civil. Ese año nacieron dos cosas: una buena, yo, y otra mala, la guerra que dejaría un millón de muertos por la torpeza de unos y el fanatismo de otros.

—Juana, no achuches tanto a la niña que la vas a gastar.

—¡Ay, Albita, cuándo has visto tú que el cariño gaste! Más cariño es lo que necesita el mundo y sobre *to* los críos. Si es que entran ganas de comérsela.

—Dicen que si se coge mucho a los bebés se encanijan.

—Será por eso que tú has *salío* tan alta y buena moza, por la falta de brazos de tu madre. El cariño alimenta y sobre todo hace personas felices y sin malas ideas.

—No sigas diciendo tonterías y tráeme agua de limón, anda, que tengo la garganta seca del levante, y si ves a Custo dile que venga, que le echo de menos.

—Ese sí es un hombre, si yo no te quisiera tanto diría que no te lo mereces. No he visto nunca un marido más cariñoso y un médico tan *preocupao* por su gente. De él tendrían que aprender muchos de los que están a tiros por las calles.

Juana siempre tenía la última palabra y era de una sinceridad palmaria, a la que nadie podía oponer argumento alguno. Mi madre se reía de sus cosas pero la respetaba y la quería como a la hermana que no había tenido. Sabía que tenía razón, cuántos besos y abrazos le habían faltado en su niñez.

La casa era un ir y venir de gentes. Personajes ilustres, políticos y gente de la cultura gaditana con frecuencia nos visitaban a la hora del café o del aperitivo, seguramente al calor del buen vino y la compañía amena de mis padres. Mi abuela, a su vez, seguía la tradición familiar de organizar tertulias literarias a las que asistía lo más granado de la in-

telectualidad, fuera de derechas o izquierdas, aunque en ese tiempo las posturas estaban mucho más radicalizadas.

El talante liberal y abierto de los Livingston se había mezclado con la más tradicional burguesía, representada tanto por comerciantes como por banqueros. A mediados del siglo XVIII, mi antepasado oriundo de la vieja Inglaterra había llegado a la ciudad de Cádiz en busca de aventura y negocio. Pronto fundó una de las bodegas de mayor raigambre y expansión por el viejo y el nuevo continente. El liberal inglés entroncó con una familia de abolengo que poco a poco le haría sentar la cabeza y amainaría sus ímpetus aventureros. Construyeron la preciosa casa en la plaza Mina, en cuyos salones, al igual que en los de la casa de campo de las bodegas familiares, Cecilia Böhl de Faber, que escribía bajo el seudónimo Fernán Caballero, así como Washington Irving deleitaban con veladas literarias que se prolongaban hasta altas horas de la noche.

A veces me imagino viviendo en esa época de descubrimientos y libertades en la que América del Norte se hacía independiente y los caminos se acortaban para aquellos que, como yo, soñaban con vivir, conocer y respirar otros aires y otras ideas. Mi familia era esa extraña mezcla de generosidad, afecto y republicanismismo por parte de mi padre, y por la de mi madre, amor al pasado, pasión por las normas y sometimiento a las reglas de una sociedad que se estaba olvidando de que alguna vez fue trasatlántica, libre y amante de puertos vestidos de caoba y perlas. La misma caoba que ahora escondía celosamente sus vidas en forma de hermosos portones brillantes y rojizos. La caoba que les había hecho libres y ahora guardaba sus miedos. La caoba que da color a los vinos que, en la bodega familiar, dormían al frescor del albero rociado en las soleras. Vinos acariciados por el aire que de la mano de la luz atravesaba con suavidad las arpilleras colgadas en los altos ventanales de las fecundas naves.